

“¿Y quién cuida de mí? Las defensas arcaicas” en Luisa

González Saavedra & Manuel Gutiérrez Estévez (eds.), *Heridas en el sí-mismo. Propositiones corporales*. Editorial Iberoamericana & CITAP, Madrid, 2016.

Olivia del Castillo - SEPA

Verdezuela

Había una vez un hombre y una mujer que vivían solos y desconsolados por no tener hijos, hasta que, por fin, la mujer concibió la esperanza de que Dios Nuestro Señor se dispusiera a satisfacer su anhelo. La casa en que vivían tenía en la pared trasera una ventanita que daba a un magnífico jardín, en el que crecían espléndidas flores y plantas; pero estaba rodeado de un alto muro y nadie osaba entrar en él, ya que pertenecía a una bruja muy poderosa y temida de todo el mundo. Un día asomóse la mujer a aquella ventana a contemplar el jardín, y vio un bancal plantado de hermosísimas verdezuelas, tan frescas y verdes, que despertaron en ella un violento antojo de comerlas. El antojo fue en aumento cada día que pasaba, y como la mujer lo creía irrealizable, iba perdiendo el color y desmirriándose, a ojos vistas. Viéndola tan desmejorada, le preguntó asustado su marido: "¿Qué te ocurre, mujer?" - "¡Ay!" exclamó ella, "me moriré si no puedo comer las verdezuelas del jardín que hay detrás de nuestra casa." El hombre, que quería mucho a su esposa, pensó: "Antes que dejarla morir conseguiré las verdezuelas, cueste lo que cueste." Y, al anochecer, saltó el muro del jardín de la bruja, arrancó precipitadamente un puñado de verdezuelas y las llevó a su mujer. Ésta se preparó enseguida una ensalada y se la comió muy a gusto; y tanto le gustaron, que, al día siguiente, su afán era tres veces más intenso. Si quería gozar de paz, el marido debía saltar nuevamente al jardín. Y así lo hizo, al anochecer. Pero apenas había puesto los pies en el suelo, tuvo un terrible sobresalto, pues vio surgir ante sí a la bruja. "¿Cómo te atreves," díjole ésta con mirada iracunda, "a entrar cual un ladrón en mi jardín y robarme las verdezuelas? Lo pagarás muy caro." - "¡Ay!" respondió el hombre, "tened compasión de mí. Si lo he hecho, ha sido por una gran necesidad: mi esposa vio desde la ventana vuestras verdezuelas y sintió un antojo tan grande de comerlas, que si no las tuviera se moriría." La hechicera se dejó ablandar y le dijo: "Si es como dices, te dejaré coger cuantas verdezuelas quieras, con una sola condición: tienes que darme el hijo que os nazca. Estará bien y lo cuidaré como una madre." Tan apurado estaba el hombre, que se avino a todo y, cuando nació el hijo, que era una niña, presentóse la bruja y, después de ponerle el nombre de Verdezuela; se la llevó.

Verdezuela era la niña más hermosa que viera el sol. Cuando cumplió los doce años, la hechicera la encerró en una torre que se alzaba en medio de un bosque y no tenía puertas ni escaleras; únicamente en lo alto había una diminuta ventana. Cuando la bruja quería entrar, colocábase al pie y gritaba:

"¡Verdezuela, Verdezuela,

Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela tenía un cabello magnífico y larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en torno a un gancho de la ventana y las dejaba colgantes: y como tenían veinte varas de longitud, la bruja trepaba por ellas.

Como sucede en los cuentos, a menudo, la que cuida es la bruja. Otras veces es el mago o el hada madrina, figuras todas ellas fascinantes y a la vez extrañas. También son desconcertantes, nunca se ve del todo claro si hacen bien o hacen mal. Tienen poderes que no son comunes entre los seres humanos y parece como si protegieran al protagonista del cuento, a la vez que lo secuestran o lo hechizan, apartándolo de donde viven sus padres y el resto de su familia.

A todas estas figuras podemos imaginarlas, impregnando la atmósfera de fantasía y de una magia que media y entretiene mientras vemos cómo el héroe, o la heroína, se ve obligado a afrontar ciertas incoherencias del humano mundo a las que su destino le obliga a enfrentarse. Verdezuela, por ejemplo, tiene que enfrentarse al hecho de nacer de una madre (la que tendría que cuidar de ella) que es extremadamente débil y antojadiza, y que se ve poseída por el deseo incontenible de comerse la verdura del otro lado del muro en donde se halla el jardín de la bruja, con el peligro que ello entraña. Además, el destino de Verdezuela la enfrenta a encontrarse con un padre que en lugar de protegerla y darle seguridad, la sacrifica, dándola en prenda a la bruja para saciar las ansias de su mujer. Así que, finalmente, la bruja es la que cuida de Verdezuela, mientras crece hasta transformarse en una jovencita que vive aislada en una torre, sin puerta alguna que la conecte con el mundo exterior y con el resto de los seres humanos.

El tipo de incoherencias que simbólicamente refleja la historia de Verdezuela, vividas en etapas tempranas de la existencia humana, crean los traumas que se encuentran en la base de todo trastorno psíquico. La psique se defiende del trauma afectivo activando sistemas de defensas cuya función es separar (disociar) de la consciencia el dolor insoportable que puede suponer para cualquier individuo que sus padres lo abandonen a fuerzas arcaicas, como la bruja, por no poder aguantar sus ansias antojadizas, su ansiedad o su falta de estructura.

¿A dónde irán a parar todos esos contenidos disociados? Pues quedarán relegados fuera de la consciencia, en el inconsciente, desde donde serán proyectados en los demás o en el propio cuerpo físico y psíquico. Naturalmente, esto influye en el desarrollo del cuerpo físico y psíquico, así como en el desarrollo de las relaciones con los demás y con el mundo, creando una existencia ilusoria y atormentada en la que continuamente se repite el trauma.

El sistema de defensas de la psique es muy efectivo, tiene un extraordinario poder, distorsiona la realidad para hacer más llevadera la vida e influye en el desarrollo de la personalidad.

Para hacer un breve resumen del panorama de las defensas psíquicas, seguiremos la descripción que hace Jung entre: defensas de primer nivel (lo que entendemos como defensas avanzadas, o defensas del yo, como las define Otto Kernberg) y de segundo nivel (lo que entendemos como defensas arcaicas, como las define Kernberg o defensas del sí-mismo, como las denomina Michael Fordham). Las primeras las gestiona el yo consciente, que cuenta con una mínima consistencia y estructura. Entre ellas se puede hablar de: represión, proyección, intelectualización y reacción. Según Jung, el fenómeno de este tipo de defensas es el mismo que los pueblos primitivos denominarían “pérdida del alma”. En el segundo tipo de defensas, las defensas del sí-mismo o defensas arcaicas, se activan dinámicas de: disociación del yo, identificación proyectiva, idealización y omnipotencia o grandiosidad narcisista. El pensamiento primitivo, según Jung, hablaría en este caso del fenómeno de la “posesión de los espíritus”. Esta “posesión” del yo por parte de las defensas arcaicas puede llevar a la locura o a la muerte del yo, incluso a la muerte física.

El *furor curandis* de la terapia psicológica pareciera que consiste en acabar con las defensas para acabar con la enfermedad. Jung, sin embargo, pensó que las defensas son necesarias porque cumplen una función creativa auto-reguladora natural de la psique y que, por tanto, no hay que hacerlas desaparecer, sino observar cómo se manifiestan y a qué creaciones dan lugar a través de las fantasías, los sueños y a través de lo que el analista experimenta en su relación con el paciente. Según esto, las defensas se activan tanto para “fragmentar el significado insoportable del trauma como para la construcción de nuevas y más aceptables narrativas de la imaginación y de la fantasía” (Knox 2003). La terapia junguiana consiste pues en asimilar los contenidos de la psique que componen la experiencia traumática a través de la dialéctica de la relación consciente e inconsciente entre analista y paciente.

En esta relación íntima y preservada dentro del *vasso bene clausum* simbólico que constituye el setting analítico (o *themenos*) que actúa como contenedor, se sostiene y se asume el conflicto entre dos mundos, el consciente y el inconsciente, el de casa de los padres de Verdezuela y el mundo de la bruja. Dando lugar a que se active la capacidad transformadora de la psique y, con ella, la transformación del trastorno y de la historia del sujeto.

En síntesis, Jung pensó que las defensas cuidan de la necesidad de subsistencia del sujeto en sí. La fantasía es uno de los productos del sistema de defensas de la psique; quizá la creación de historias y cuentos populares responde a ese proceso natural que surge ante la necesidad de lidiar con el conflicto en el alma humana.

Por otra parte, aunque Jung describe esa capacidad transformadora de la psique como un fenómeno “natural”, la psicología analítica contemporánea apunta, sin embargo, que no actúa espontáneamente, sino que requiere de una matriz relacional con otras personas. Esta matriz está basada en la calidad de las experiencias de la relación temprana entre el niño y quien cuida de él. Dichas experiencias pueden luego re-actuarse en el tratamiento analítico, lo que permite la acción terapéutica, incluso en niños y adolescentes, como señala Gustav Bovensiepen cuando se refiere a los problemas de simbolización en niños y adolescentes (Bovensiepen, 2002).

Teniendo en cuenta que el propio nacimiento en sí supone la experiencia de un choque traumático entre dos atmósferas (entre dos mundos vividos a través de la piel del recién nacido), finalmente, hemos de admitir que el desarrollo de la vida y el trauma van ligados desde el inicio y que nuestra existencia nos proporciona la continua oportunidad de acoger el trauma existencial y su conflicto; para trascenderlo de la forma más genuina y creativa que nos sea posible. La vida psíquica se desarrolla gracias al choque entre fuerzas internas y externas que se inter-afectan entre sí. Y la disociabilidad de la psique, producida por ese choque, forma parte del funcionamiento mismo de la vida psíquica y no siempre es patológica. (A. Aimé 2008). “Más allá de sus formas patológicas, una de las tareas de la vida es buscar la medida adecuada del encuentro entre el yo, o mundo de la consciencia, con el no-yo del mundo del inconsciente, del encuentro entre el yo y el “otro”, la medida adecuada del encuentro entre la casa de familia y la casa del otro lado del muro. Pues, de lo contrario, se produce en el sujeto “un estado de disociación, una falla constante y un trauma continuo. Si se encuentra la medida, tendremos como resultado un yo diferenciado y actualizado, consciente de que existe un lugar más allá, de que existen unos límites, un otro, con el que se convive. Por el contrario, [...] tendremos un estado de conciencia no diferenciado, sin duda muy primitivo”. (A. Aimé 2008). De este modo, llegamos a la idea junguiana de la disociabilidad de la psique, vale decir, que todos estamos disociados y habitados de distintas representaciones internas que no son yo, por decirlo de algún modo. Lo que nos permite ver el cuento de Verdezuela, por ejemplo, como una narración en la que distintos elementos constituyen un mismo cuento, que sería lo mismo que decir que constituyen una misma psique. Es decir, que en una misma psique podemos, de algún modo, reconocer a la bruja, a Verdezuela, a sus padres, a la hierba fresca, al príncipe, a la torre y a las trenzas de pelo dorado. Y, si la consciencia es capaz de sostener y mediar con la pluralidad de elementos que habitan en uno (en lugar de proyectarlos), aunque sean opuestos y efectúen transacciones entre ellos y transformaciones que derivan en cambios y diferentes estados psíquicos (Gustav Bovensiepen, 2002), se creará un sentido y la posibilidad de trascender la disociabilidad patológica, transformándose en pluralidad, en una complejidad integradora; lo que hace vivible lo invivible; relativo lo absoluto; y humano aquello que aún no se ha humanizado. Lo cual conduce al desarrollo de la consciencia y la posibilidad de vivir en este mundo, sea en el lugar geográfico que sea. Cuando la

consciencia puede con esa complejidad, es la consciencia la que cuida de sí. Y si un niño, cuyo yo, como es natural, se encuentra poco desarrollado y, por tanto, poco diferenciado de lo arcaico, pero quienes cuidan de él median con su presencia entre un mundo y otro, el niño está a salvo, está seguro y libre a la vez, disfruta de un narcisismo primario sano. Así, nada interrumpe el desarrollo que lo llevará a poder cuidarse por sí mismo. Uno cuida de sí, sobretodo porque asume los elementos que habitan en el lugar opuesto a la consciencia, los asume por medio de una función mediadora, la función simbólica, integrándolos, dando lugar a la creación de sentido más allá de lo concreto, y dando lugar a que se produzca una cierta chispa en la vida, pues, como señala Jung, “sólo en el opuesto se inflama la vida” (Jung, 1916-1928, párr. 78). Pero, cuando no existe una mediación posible, cuando inocentemente, o inconscientemente, “se salta el muro” por las ansias de atracción insostenible de comerse la fresca verdura de lo inconsciente arcaico, será éste, como la bruja hechicera, el que se verá obligado a coger el timón del cuidado de la totalidad de la psique y lo hará, claro está, a su arcaica manera. Como dice Donald Kalsched, al analizar el cuento de Rapunzel (Verdezuela, en castellano) “Las brujas se pueden entender como representando la capacidad de la psique para anesthesiarse a sí misma, para disociarse, congelarse, o hipnotizar al yo desde dentro” (Kalsched, 1996, pg. 158). “...este mundo de fantasía defensiva, proporciona a estos pacientes (que han padecido trauma en la infancia) un contacto auténtico con la psique colectiva y guarda misterios que no son accesibles para las personas “mejor adaptadas...los hace pues, inflarse de grandiosidad, ser inaccesible, tercos e impenetrables. Pero la vida que sostiene al espíritu personal, que sigue vivo, como lo está Verdezuela, que está en las torres internas de estos pacientes traumatizados viene de un ser profundo que sobrepasa con creces las extremas preocupaciones del yo. Esta es la función o el significado transpersonal del sistema de autocuidado del Sí-mismo”. Donald Kalsched se refiere así a lo que él llama: *sistema de cuidado de defensas arquetípicas* o arcaicas, ya sea la bruja, el brujo, o el mismísimo diablo, las que inflan al yo de grandiosidad arquetípica, que se hacen cargo, que cuidan del espíritu personal al que mantienen vivo, aunque aislado, a la vez que lo persiguen y lo acosan, dentro del argumento de una narrativa de vida como si de un cuento se tratara. La energía viva del “ser profundo” al que Jung llamó *Selbst* (*Sí-mismo* en español) que sostiene el espíritu

personal, al mismo tiempo que genera defensas ofrece la posibilidad de reparar la falla y reconstruir la historia individual.

Tarde o temprano, la totalidad de la psique compuesta por la vida consciente e inconsciente del sujeto (que incluye al yo y a ese "ser profundo"), proporcionará una nueva oportunidad. Con ocasión de un nuevo encuentro entre los dos mundos, aparecerá el hada o el príncipe, estableciendo un nuevo puente por el que consciente e inconsciente puedan interconectarse sin fusionarse.

Como dice el cuento:

Y...al cabo de algunos años, sucedió que el hijo del Rey, encontrándose en el bosque, acertó a pasar junto a la torre y oyó un canto tan melodioso, que hubo de detenerse a escucharlo. Era Verdezuela, que entretenía su soledad lanzando al aire su dulcísima voz. El príncipe quiso subir hasta ella y buscó la puerta de la torre, pero, no encontrando ninguna, se volvió a palacio. No obstante, aquel canto lo había arrobado de tal modo, que todos los días iba al bosque a escucharlo. Hallándose una vez oculto detrás de un árbol, vio que se acercaba la hechicera, y la oyó que gritaba, dirigiéndose a o alto:

"¡Verdezuela, Verdezuela,

Suéltame tu cabellera!"

Verdezuela soltó sus trenzas, y la bruja se encaramó a lo alto de la torre. "Si ésta es la escalera para subir hasta allí," se dijo el príncipe, "también yo probaré fortuna." Y al día siguiente, cuando ya comenzaba a oscurecer, encaminóse al pie de la torre y dijo:

"¡Verdezuela, Verdezuela,

Suéltame tu cabellera!"

Enseguida descendió la trenza, y el príncipe subió.

En el primer momento, Verdezuela se asustó mucho al ver un hombre, pues jamás sus ojos habían visto ninguno. Pero el príncipe le dirigió la palabra con gran afabilidad y le explicó que su canto había impresionado de tal manera su corazón, que ya no había gozado de un momento de paz hasta hallar la manera de subir a verla. Al escucharlo perdió Verdezuela el miedo, y cuando él le preguntó si lo quería por esposo, viendo la muchacha que era joven y apuesto, pensó, "Me querrá más que la vieja," y le respondió, poniendo la mano en la suya: "Sí; mucho deseo irme contigo; pero no sé cómo bajar de aquí. Cada vez

que vengas, tráete una madeja de seda; con ellas trenzaré una escalera y, cuando esté terminada, bajaré y tú me llevarás en tu caballo." Convinieron en que hasta entonces el príncipe acudiría todas las noches, ya que de día iba la vieja.

Del mismo modo, paciente y analista, "Conviene", acuerdan, que ambos acudirán a un tiempo y a un espacio protegido (en el *vasso bene clausum*), sesión a sesión, e irán guardando las hebras de seda de la relación consciente-inconsciente que les permitirán acceder a la psique atrapada en la torre.

Y sigue el cuento:

La hechicera nada sospechaba, hasta que un día Verdezuela le preguntó: "Decidme, tía Gothel, ¿cómo es que me cuesta mucho más subir a vos que al príncipe, que está arriba en un santiamén?" - "¡Ah, malvada!" exclamó la bruja, "¿qué es lo que oigo? Pensé que te había aislado de todo el mundo, y, sin embargo, me has engañado." Y, furiosa, cogió las hermosas trenzas de Verdezuela, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empujando unas tijeras con la derecha, zis, zas, en un abrir y cerrar de ojos cerró de ojos se las cortó, y tiró al suelo la espléndida cabellera. Y fue tan despiadada, que condujo a la pobre Verdezuela a un lugar desierto, condenándola a una vida de desolación y miseria.

"¡Zis-zas!", adiós a la ilusión y al hechizo. Después de un largo proceso terapéutico, se acercará el gran momento en el que habrá que afrontar directamente la agresión de lo arcaico y su violencia. En la íntima relación del análisis, será necesario elaborar lo negativo, experimentándolo. En ese momento del proceso, paciente y analista vivirán el drama en cuerpo y alma.

El mismo día en que se había llevado a la muchacha, la bruja ató las trenzas cortadas al gancho de la ventana, y cuando se presentó el príncipe y dijo:

"¡Verdezuela, Verdezuela,

Suéltame tu cabellera!"

la bruja las soltó, y por ellas subió el hijo del Rey. Pero en vez de encontrar a su adorada Verdezuela hallóse cara a cara con la hechicera, que lo miraba con ojos

malignos y perversos: "¡Ajá!" exclamó en tono de burla, "querías llevarte a la niña bonita; pero el pajarillo ya no está en el nido ni volverá a cantar. El gato lo ha cazado, y también a ti te sacará los ojos. Verdezueta está perdida para ti; jamás volverás a verla." El príncipe, fuera de sí de dolor y desesperación, se arrojó desde lo alto de la torre. Salvó la vida, pero los espinos sobre los que fue a caer se le clavaron en los ojos, y el infeliz hubo de vagar errante por el bosque, ciego, alimentándose de raíces y bayas y llorando sin cesar la pérdida de su amada mujercita.

La experiencia terapéutica se desarrolla a través de la emoción y la compasión humana, sostenida (con extraordinaria paciencia y auténtica entrega) por lo humano en el analista. Esperando a que *Eros*, el mediador, conecte los dos mundos y se fecunden, uno a otro, sin fusionarse, sin confundirse; pasando así de la ilusión, la grandiosidad arcaica y el aislamiento errante, al encanto de vivir en el humano mundo que se ha vuelto capaz de sostener la experiencia.

Y así anduvo el príncipe sin rumbo por espacio de varios años, mísero y triste, hasta que, al fin, llegó al desierto en que vivía Verdezueta con los dos hijitos los dos hijitos gemelos, un niño y una niña, a los que había dado a luz. Oyó el príncipe una voz que le pareció conocida y, al acercarse, reconociólo Verdezueta y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas le humedecieron los ojos, y en el mismo momento se le aclararon, volviendo a ver como antes. Llevóla a su reino, donde fue recibido con gran alegría, y vivieron muchos años contentos y felices.

Las defensas arcaicas podrán volver a su lugar, a su huerto, a vivir sin meterse con nadie, manteniendo fresca la energía que da sentido al misterio de la vida, dejando ya que el individuo cuide de sí, consciente de la pluralidad de elementos que enriquecen, a la vez que ponen en peligro cada día su existencia.

Secuencia de una sesión

A continuación relataré un breve fragmento de una sesión con una paciente que aconteció mientras estaba preparando el texto que acabo de presentarles.

Inés acude a la sesión unos minutos tarde mostrando desánimo. “Nada cambia”, comenta. Se siente incapaz de poner orden en su vida y en su casa y reconoce que carece totalmente de disciplina. Desde hace un tiempo asume que ha de asimilar esta realidad como algo suyo en lugar de quejarse continuamente de su pareja.

A esta circunstancia lamentable, se añade la noticia, nada agradable, de que va a tener dificultades para asistir a las sesiones durante las próximas semanas. Siempre nos ha costado mucho mantener nuestro acuerdo sobre la periodicidad y la constancia de las sesiones. También esto la desanima. En ese momento de la sesión, a mí me llega un sentimiento depresivo y fatalista, mortífero y frío, que vivo como un ataque a nuestro trabajo analítico y que interpreto como algo que viene del inconsciente de ella y que yo experimento internamente. Esta experiencia interna me aporta el dato de cómo se siente ella, de cuál es la atmósfera que reina en su psique: mortífera, fatal...

Hablamos, intentamos razonar sobre las posibles soluciones para llevar a cabo la sesión semanal que tenemos convenida, pero la “disciplina”, la exigencia, la imposibilidad, la frustración, el “¿qué puedo hacer yo si me lo exigen en mi empresa” etc, etc, se ciernen sobre nosotros.

De pronto, tomo distancia y veo, o mejor dicho, empiezo a imaginar, porque es una imagen lo que me viene a la mente. En el espacio que media entre Inés, que está sentada en un sofá y yo, que estoy sentada en mi butaca, en el amplio espacio que ocupa la alfombra gris, imagino y siento que se encuentra la bruja; está cuidando de Inés a su manera. Sigo imaginando, y me calmo. Comprendo que la hechicera está tratando de llevarse a Inés a su torre de aislamiento, de hecho me produce una cierta compasión valorar lo mucho que lleva trabajando desde que empezamos el análisis: siempre tratando de que Inés no avance, de que no salga del mismo ladrillo, de la misma torre.

Pero, a través del desánimo y la queja de Inés, más allá de la bruja percibo intuitivamente en ella una necesidad, la necesidad de *Eros*, de poder disfrutar del placer afectivo, de encontrarse arropada por una madre cálida, humana y tranquilizadora.

Entonces, llevada por una cierta emoción, casi sin pensarlo, le digo algo como: “Seguramente, si sintieras un cálido placer al venir aquí, encontrarías la forma de hacer las sesiones”

Automáticamente, se le arrasan los ojos. Lloro, brotan lágrimas de sus ojos, sin ni siquiera hacer un gesto, como si sus ojos fueran pequeños recipientes de lágrimas acumuladas que se desbordan. Se relaja. La atmósfera de la sesión cambia por completo.

Me doy cuenta de que hemos conectado con el otro lado del muro, donde hay un hogar, el que ella nunca tuvo, y el que le cuesta reproducir en su vida actual. Minutos más tarde, nos vemos organizando nuestras agendas sin problema. Diría que la cosa fluye, estamos como contentas, y planeamos todas las sesiones del mes de mayo. “El mes de María”, pienso para mis adentros y me vienen a la mente las florecillas pequeñas como mosquitillas que llevábamos cuando yo era niña a la escuela en el mes de mayo. Nuestra aventura analítica continúa, estamos haciendo nuestro trabajo. Quizá liberemos así a la bruja de tener que hacer continuamente el suyo.

Bibliografía

Agnel, Aimé. *Dictionnaire Jung*. París: Ellipse, 2008.

Bovensiepen, Gustav. «Symbolic attitude and reverie. Problems of symbolization in children and adolescents.» *Journal of Analytical Psychology*, 2002: 241-257.

Fordham, Michael. «Defences of the self.» *Journal of Analytical Psychology*, 1974: 192.

Jung, C. G. «El método sintético o constructivo.» En *Dos escritos sobre psicología analítica*. O.C. Vol.7, de C.G.Jung, 93-103. Madrid: Trota, 1916-1928.

Jung, C.G. «La psicología de la transferencia.» En *La práctica de la psicoterapia*. O.C. Vol. 16, de C.G. Jung, 159-303. Madrid: Trota, 2006.

—. *Simbolos de Transformación*. O.C. Vol. 5. Madrid: Trota, 1912.

Kalsched, Donald. *Esperanza vs desesperanza en la Situación Psicoanalítica y en la CDivina Comedia de Dante*. s.f. www.sepanalitica.es.

—. *The Inner world of Trauma. Archetypal defenses of the Personal Spirit*. New York: Routledge, 1996.

Knox, Jane. «Trauma and defenses: their roots in relationship.» *Journal of Analytical Psychology*, 2003: 207-233.

Perry, John. «Acute catatonic schizophrenia.» *Journal of Analytical Psychology*, 1957: 137-152.

© Olivia del Castillo. Barcelona, Mayo 2015